



**ROBERTO CANESSA
PABLO VIERCI**

TENÍA QUE SOBREVIVIR

**Cómo el accidente en los Andes inspiró
mi vocación para salvar vidas**



ROBERTO CANESSA
PABLO VIERCI

Tenía que sobrevivir

*Cómo el accidente aéreo en los Andes
inspiró mi vocación para salvar vidas*

 Planeta

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

¿Cuál es la frontera entre la vida y la muerte?

Por la pantalla del ecógrafo examino el corazón de un niño que está por nacer. Me demoro analizándolo; sus minúsculas manos, sus pies, como si habláramos desde adentro y afuera del monitor. Siento la fascinación de una vida eventual, porque a ese corazón le falta una parte que habrá que reponer o compensar.

Por un momento observo la pantalla del ecógrafo y al siguiente estoy mirando a través de la ventana del fuselaje del avión, avizorando el horizonte escarpado, para saber si regresaban con vida los amigos que habían salido en las primeras caminatas exploratorias. Desde que escapamos de la cordillera de los Andes, el 22 de diciembre de 1972, después de estar más de dos meses perdidos, vivo formulándome una sucesión de preguntas que cambian con el tiempo. La primera de todas es: ¿qué hacemos cuando todas las probabilidades parecen estar en contra?

Me vuelvo hacia la madre embarazada en la camilla. ¿Cuál es la mejor manera de decirle que a su hija, que aún lleva en el vientre, le falta la cavidad más importante del corazón? Hasta hace muy pocos años, los recién nacidos con este tipo de cardiopatías congénitas complejas llegaban al mundo castigados, sin haber hecho nada para merecerlo, y morían a poco de nacer. Su huella en la vida era una breve agonía que dejaba una marca indeleble en sus familias. Pero un día se dio un paso más en la medicina y se incursionó por territorios desconocidos, y Azuce-

na, esta madre con gesto consternado, puede tener esperanzas. Les aguarda una sinuosa cordillera por delante, a ella, al padre, a la niña y a sus dos hermanos. Un largo periplo de destino tan incierto como el que nosotros vivimos en la montaña. Con mis amigos logramos salir del blanco congelado de la cordillera de los Andes y accedimos al valle reverdecido de Los Maitenes. Yo busco a Los Maitenes para cada niño porque sé que en algún lugar los espera, aunque me consta, también, que no todos llegan.

Este ha sido mi dilema como médico, en este segundo piso del Hospital Italiano de Montevideo, Uruguay. En el ecógrafo me veo a mí mismo, tambaleándome en la cima de la montaña con un pie adentro y otro afuera de la vida, mientras observo a esta niña que ya tiene nombre, María del Rosario, y que por ahora solo puede vivir dentro de su madre, conectada a la placenta. Pero ¿qué hacer después? ¿Proponer una serie prolongada de cirugías después de las cuales, eventualmente, puede vivir? ¿Vale la pena, a pesar de los riesgos y costos? Las semejanzas son tantas que en ocasiones me abruman.

Cuando dejamos el fuselaje del avión para trepar los picos y recorrer los abismos que nos llevaron hasta aquel valle en Chile, salimos a la intemperie donde no se podía vivir. Es casi imposible vivir al sereno, con treinta grados bajo cero, sin equipos, después de perder treinta kilos de peso. No se pueden atravesar los ochenta kilómetros de la cordillera de los Andes de Este a Oeste, porque nadie en ese estado de debilidad jamás lo había hecho antes. Solo se podía vivir en el útero del fuselaje, estirar la vida un tiempo más, hasta que llegara el momento en que también ese hábitat terminaría matándonos, cuando se acabara el alimento que nos mantenía con vida, los cadáveres de nuestros amigos. El niño se alimenta de la madre y nosotros nos alimentábamos de nuestros compañeros, lo más preciado que tuvimos en nuestras vidas. ¿Seguir o no seguir? ¿Salir o no salir? En la última expedición habíamos agregado una nueva herramienta, una bolsa de dormir hecha con material aislante de los tubos de calefacción del avión, cosida con hilos de cobre de los

motores eléctricos. Una maltrecha colcha de retazos que parecía salida de un basurero.

En la vida fetal, esta niña, conectada, puede vivir, como nosotros podíamos sobrevivir conectados al fuselaje, perdiendo peso todos los días, agregando agujeritos al cinturón. Pero un día hubo que cortar el cordón umbilical para llegar a la vida, porque teníamos fecha de vencimiento. Yo fui el que más demoró la salida y por eso esta imagen es tan intensa y recurrente. ¿Cuándo cortamos el cordón? ¿Cuándo cambiamos de realidad y pasamos a vivir a la intemperie, en lo que sería mi parto iniciático a través de las montañas? Sabía que una salida precipitada, como los partos prematuros de estos niños con cardiopatías congénitas, era de altísimo riesgo de sobrevida.

La decisión de dejar el fuselaje me costó mucho. Eran demasiadas las perplejidades y era la última oportunidad. Nando Parrado respetaba mis dudas porque él también vacilaba, aunque no lo podía manifestar para no desanimar al resto de los sobrevivientes del accidente, porque eso sería acelerar la caída. Con cada uno que moría, todos moríamos un poco. Cuando Gustavo Zerbino nos anunció la muerte de Numa Turcatti, uno de los amigos más valientes y nobles de la montaña, se precipitó mi decisión de salir. Ya era hora de abandonar la placenta del fuselaje, de nacer con un corazón que no estaba preparado para el mundo exterior. Arturo Nogueira, otro de mis amigos que también murió, me dijo un día: «Qué suerte tenés, Roberto, que podés caminar por los demás», porque él tenía las piernas quebradas; de otro modo él estaría en mi lugar, hoy, aquí.

El 13 de octubre de 1972, cuando choqué en el avión contra la montaña, tenía diecinueve años y estudiaba segundo año de Facultad de Medicina, jugaba al rugby y Lauri Surraco era mi novia. Lo que hice en esos setenta días fue un intensísimo curso de medicina de catástrofe, de supervivencia, donde la chispa de mi vocación médica tuvo que convertirse en llamarada. Vivimos el más cruel laboratorio de comportamiento humano, donde los cobayos éramos nosotros mismos, y, más desconcertante

todavía, teníamos conciencia de que lo éramos. Nunca escuché hablar de un laboratorio tan bizarro y tan siniestro. Aprendí armas nuevas: sanarse es la actitud de sobrevivir sin importar los golpes. Nada de lo que hice después se pudo comparar con semejante nacimiento.

En los hospitales donde trabajo, algunos colegas me reprochan, a mis espaldas o mirándome a los ojos, el ser avasallador, demasiado impetuoso, un bólido que no respeta las convenciones, algo equivalente a lo que me ocurrió con mis compañeros en la montaña. A los pacientes no les importan las normas que rigen a la corporación médica porque ellos entran y salen. Las mías son las formas de la montaña, duras, implacables, afianzadas en el yunque de la naturaleza agreste en su estado más primario, que solo buscan un único resultado posible: la incesante lucha por seguir respirando.